

APOLO

AÑO III

Número 20

REVISTA DE ARTE - - -

- - - - - Y SOCIOLOGÍA

- - DE PÉREZ Y CÚRIS - -



MONTEVIDEO - BUENOS AIRES

+ SANTIAGO DE CHILE +

☞ OCTUBRE DE 1908 ☛



Y LA ELECTRO-TECNICA-URUGUAYA

Cioffi, Regusei y Voulminot

Empresa de instalaciones eléctricas

Particulares é industriales

GRAN EXPOSICION DE ARTEFACTOS

Arañas, Brazos, Portátiles, Tulipas, etc.

Avenida 18 de Julio 65, esq. Convención

Los dos Teléfonos



Director-Redactor: PÉREZ Y CURIS

Redactor: P. LÓPEZ CAMPAÑA — Secretario de Redacción: O. FERNÁNDEZ RÍOS

AÑO III — N.º 20.

Montevideo — Buenos Aires — Santiago de Chile, Octubre de 1908.

67.58.0
De Alma de Idilio (Poema)

EL POETA

¡Ave, maga sensible! Tu risueño
Miraje canta mi pasado. Mío
Fué el júbilo del ave en el estío,
Y la Esperanza me llamó su dueño.

Luego la juventud me dió el beleño
De emocionales éxtasis, y el frío
De prematuro invierno halló vacío
Mi corazón de pájaro zahareño.

Por eso no amo la quietud del sueño
Sentimental, ni el majestuoso brío
De la balada de oro del ensueño.

¿Por qué tan joven me agobió el hastío?
¡No importa! Hoy llevo tu gentil diseño
En la imaginación, y amo y sonrío.



LA MAGA

Y si el canto del tedio, monorrímo y doliente,
Que arrulla tus visiones heráldicas y agita
Tu espíritu noctámbulo, desdeña la infinita
Misericordia de una virtud para tu frente,

No impreques á la esfinge del destino; medita
Sobre el largo viacrucis del Apóstol de Oriente.
Con el suave poema que la infancia presiente
Canta de tu infortunio la liturgia bendita.

Que en tu alma el pesimismo dejó algo del desierto
Y el dolor el resabio que hoy tus carnes macera,
Yo lo sé . . . Sin embargo tu alegría no ha muerto,

Duerme aún al abrigo de la Ilusión y espera . . .
¡Cómo esperan las flores que una mano cualquiera
Las riegue cuando el oro del sol abrasa el huerto!

EL POETA

Yo espero de tu amor y de tu gracia,
¡Oh, virgen fuerte! la exquisita ofrenda,
Para unir á la mía la estúpida
Canción impúber de tu ideal de acracia.

Jamás en mí despertará la audacia
Del amor de la mítica leyenda . . .
¿Qué importa que Eros mi dolor sorprenda
Bajo el sol de la muerte ó la desgracia?

Alma: tú que apareces en mi senda,
— Lejos de la fastuosa aristocracia
Que tiene un Eldorado de prebenda, —

Y vienes ebria de entusiasmos hacia
Mi corazón que implora una vivienda,
Sé Alma de idilio, de pasión y acracia.

.
.

Armonía pasional

Las pasiones de cada individuo pueden considerarse como una manifestación de la resultante de dos fuerzas, perfectamente representada, en dirección é intensidad, por la diagonal del paralelógramo construido con estas dos fuerzas; y éstas, á su vez, se hallan determinadas: la primera, por la constitución íntima del organismo de dicho individuo; la segunda, por el ambiente y por el conjunto de influencias exteriores que ejercen su acción sobre él.

Las pasiones humanas no son, pues, la causa de la inarmonía social; sino en efecto, al menos, en su conjunto.

El organismo del hombre, como el de los animales, es un puro transmisor. Las sensaciones que percibe son transmitidas por él, y se expansionan de distinto modo, según sea el campo de acción que encuentran para expansionarse.

Le ocurre al organismo humano lo mismo que á los conductores de una instalación de alumbrado eléctrico: ellos reciben la fuerza electromotriz desarrollada por los generadores, y la transmiten á la lámpara, pero oponiendo á dicha fuerza una resistencia variable, según sea la longitud, el grueso y lo conductibilidad de los referidos conductores. No obstante estos vienen á ser, al fin y al cabo, un solo factor del fenómeno, el cual dependerá también de la fuerza del generador y del campo de acción del receptor.

: —

Cuando son malos los dos principales factores de la instalación, generador y lámpara, resultará un conjunto tanto más imperfecto y contraproducente cuanto mejores sean los conductores; asimismo, en la sociedad presente, en que las impresiones y el campo de acción se mueven en un círculo vicioso, suele verse que los hombres buenos conductores ó sea capaces de grandes pasiones, únicamente ponen su actividad al servicio de malas causas, mientras que los poco impresionables son casi siempre seres inofensivos que pasan á formar parte del innumerable rebaño de los miserables explotados.

Si los generadores son buenos, pero la lámpara es de mala calidad é incapaz de transformar en luz la electricidad que recibe, entonces además de las pérdidas de utilidad se originarán reacciones caloríficas en los conductores; así pasaría en una sociedad comunista autoritaria en la cual la fuerza productiva bien aprovechada, no encontrando el campo de la libertad, se cebaría en los mismos conductores que son los organismos humanos, haciéndoles sufrir á consecuencia de las reacciones que por su interior se verificarían, puesto que el dique autoritario no les permitiría manifestarse por completo.

Por último, si los generadores y la lámpara son buenos, podrán ocurrir dos casos: 1.º que los conductores sean malos; 2.º que sean buenos. Si los conductores son malos, la luz no se manifestará y

quedará la fuerza electro-motriz á disposición de cualquier buen conductor que la utilice, sin haberse ocasionado perjuicio alguno. Si los conductores son buenos, la luz se manifestará esplendente. Asimismo sucederá en la sociedad del porvenir: el hombre cuyo organismo reposado sea poco sensible á las grandes vibraciones de los sentidos, como que al fin y al cabo, tendrá por principal misión satisfacer á las necesidades de su organismo, no tendrá para qué satisfacer necesidades que no existirán, dejando á organismos más necesitados de vida el aprovechamiento de los grandes manantiales que él no estará en condiciones ni con deseos de aprovechar.

Pasando del terreno científico al terreno práctico, vemos que las llamadas pasiones humanas pueden servir siempre en pro ó en contra de la armonía social, según el medio en que se muevan.

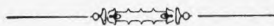
La sobriedad, envenenada por la idea de propiedad, engendra la avaricia. El apetito y el amor, necesidades naturales, envenenadas por el abuso, engendran la gula y la lujuria. El descanso y la emulación, envenenados por la ignorancia, engendran la pereza y la envidia. La entereza y la dignidad, envenenadas por la idea de autoridad, engendran la ira y la soberbia.

La sobriedad, la emulación, la entereza y la dignidad, son virtudes; el apetito, el amor y el descanso son necesidades. En cambio, la gula y la lujuria, la pereza y la envidia, la avaricia, la ira y la soberbia son malas pasiones que completan la inarmonía social producida por la ignorancia y mantenida por los principios de autoridad y de propiedad. El cristianismo ha propuesto contra estas malas pasiones un remedio que es aún peor que la enfermedad: contra la avaricia, la largueza en el sentido de derroche; contra la soberbia y la ira, la humildad y la paciencia, precisamente para sufrir resignados á los soberbios y á los iracundos; contra la gula de algunos, la abstinencia de la mayor parte para que aquellos puedan satisfacer su gula; contra la envidia de los ruines, la caridad de los corazones nobles; contra la lujuria, la abstinencia que deje campo más ancho á las empresas de los lujuriosos; contra la pereza, la diligencia de los infelices que han de proporcionar lo suficiente para que los que practiquen dicha pereza, puedan practicar también la soberbia, la ira, la gula y la lujuria.

No es, pues, en la religión donde hemos de buscar el remedio.

Únicamente en una sociedad libre encontrarán los hombres los elementos necesarios y suficientes para que el conjunto de las pasiones resulte prenda segura de progreso, de goces y de actividades.

F. TARRIDA DEL MÁRMOL.



Delmira Agustini



Supremo Idilio

Boceto de un poema

Para Apolo.

En el balcón romántico de un castillo adormido
Que los ojos suspensos de la noche adiamantan,
Una figura blanca hasta la luz... Erguido
Bajo el balcón romántico del castillo adormido,
Un cuerpo tenebroso... Alternándose cantan.

— ¡Oh tú flor augural de una estirpe suprema
Que doblará los pétalos sensitivos del alma,
Nata de azules sangres, aurisolar diadema
Florecida en las sienes de la Raza!... Suprema —
Mente pulso en la noche tu corazón en calma!

--¡Oh tú que surges pálido de un gran fondo de enigma
Como el retrato incógnito de una tela remota!...
Tu sello puede ser un blasón ó un estigma;
En las aguas cambiantes de tus ojos de enigma
Un corazón herido — y acaso muerto — flota!

— Los ojos son la Carne y son el Alma: mira!
Yo soy la Aristocracia lívida del Dolor
Que forja los puñales, las cruces y las liras,
Que en las llagas sonríe y en los labios suspira...
¡Satán pudiera ser mi semilla ó mi flor!

Soy fruto de aspereza y maldición: yo amargo
Y mancho mortalmente el labio que me toca;
Mi beso es flor sombría de un Otoño muy largo...
Exprimido en tus labios dará un sabor amargo,
Y todo el Mal del Mundo florecerá en tu boca!

Bajo la aurora fúlgida de tu Ilusión, mi vida
Extenderá las ruinas de un apagado Averno;
Vengo como el vampiro de una noche aterida
A embriagarme en tu sangre nueva; llevo á tu vida
Derramada en capullos, como un ceñudo Invierno!

—¡Como en pétalos flojos yo desmayo á tu hechizo!...
Traga siniestro buitre mi pobre corazón!
En tus manos mi espíritu es dúctil como un rizo...
El corazón me lleva á tu siniestro hechizo
Como al barco inconsciente el ala del timón!

Comulga con mi cuerpo devoradora sima!
Mi alma clavo en tu alma como una estrella de oro;
Florecerá tu frente como una tierra opima,
Cuando en tu almohada trágica y honda como una sima,
Mis rizos se derramen como una fuente de oro!

— Mi alma es negra tumba, fría como la Nieve...
— Buscaré una rendija para filtrarme en luz!
— Albo lirio!... A tocarte ni mi sombra se atreve...
— Te abro ¡oh mancha de lodo! mi gran cáliz de nieve
Y tiendo á tí eucarísticos mis brazos, negra cruz!

Enróscate ¡oh serpiente caída de mi Estrella
Sombria! á mi ardoroso tronco primaveral...
Yo apagaré tu Noche ó me incrustaré en ella:
Seré en tus cielos negros el fanal de una estrella,
Seré en tus mares turbios la estrella de un fanal!

Sé mi bien ó mi mal, yo viviré en tu vida!
Yo enlazo á tus espinas mi hiedra de Ilusión...
Seré en tí una paloma que en una ruina anida;
Soy blanca, y dulce, y leve: llévame por la Vida
Prendida como un lirio sobre tu corazón!

— Oh dulce, dulce lirio!... Llave de las alburas!
Tú has abierto la sala blanca en mi alma sombría,
La sala en que silentes las Ilusiones puras
En dorados sitiales, tejen mallas de alburas!...
— Tu alma se vuelve blanca porque va siendo mía!

— Oh leyes del Milagro! yo, hijo de la sombra
Morder tu carne rubia: oh fruto de los Soles!
— Soy tuya fatalmente: mi silencio te nombra,
Y si la tocas tiembla como un alma mi sombra!...
Oh maga flor del Oro brotada en mis crisoles!

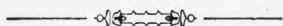
— Los surcos azurados del Ensueño sembremos
De alguna palpitante simiente inconcebida
Que arda en florecimientos imprevistos y extremos;
Y al amparo inefable de los cielos sembremos
De besos extrahumanos las cumbres de la Vida!

Amor es milagroso, invencible y eterno;
La vida formidable florece entre sus labios...
Raíz nutrida en la entraña del Cielo y del Averno,
Viene á dár á la Tierra el fuerte fruto eterno
Cuyo sangriento zumo se bebe á cuatro labios!

Amor es todo el Bien y todo el Mal, el Cielo
Todo es la arcada ardiente de sus alas cernidas...
Bajar de un plinto vano es remontar el vuelo...
Y El te impulsa á mis brazos abiertos como el Cielo,
Oh suma flor con alma, á deshojar en vidas!...

—
En el balcón romántico de un castillo adormido
Que los ojos suspensos de la Noche adiamantan,
El Silencio y la Sombra se acarician sin ruido...
Bajo el balcón romántico del castillo adormido,
Un fuerte claro-oscuro y dos voces que cantan...

DELMIRA AGUSTINI.



“De Lutecia”

El profundo lirismo de mi alma, el supremo encanto que en mí produce la armonía, me conduce á buscar al través de toda belleza una sensación orquestal, comparando mármoles, cuadros y libros con obras musicales, ó á juzgar de obras literarias por la dulce emoción que en mí despiertan admirando, sobre todo á aquellos hombres en quienes vibra perpetuamente el canto glorioso de la infinita poesía. Sólo los grandes poetas han sabido vencerme. Y por eso, entre los escritores que hoy luchan en Europa por la supremacía de nuestras Bellas Letras americanas, Pedro César Dominici sabe entusiasmarme. El es ante que todo, un gran poeta armado con la lira Apolínea que, fustigando tiranías, crea romances, embellece el lenguaje político y canta solitario la libertad y la belleza.

La diversidad de tonos, la pureza del colorido y la dulzura de lenguaje, como licor cristalino, embriaga mi cerebro transportándome en suave ensueño de ilusiones que revolotean en torno mío, eclipsando por algunos instantes la obscura realidad que amarga la existencia. La Olímpica música de Wagner funde mi ser; parece evaporar mi espíritu arrancándome dulcemente del mundo para posarme en donde sólo existe verdad y amor.

Leyendo las obras de Dominici, participo de la misma sensación: momentos sublimes en medio de un paraíso imaginario iluminado por la aurora que vivamente engendran el arte y la literatura. Sin hablar de ese poema humano de intensa psicología

dolorosa que es *Tristeza Voluptuosa*, *De Lutecia*, *Dionysos*, y *El Triunfo del ideal* forman una trilogía espléndida. En *De Lutecia* encontramos al crítico erudito, acaricia sus juicios con un estilo melodioso. Habla de arte, literatura y ciencias con asombrosa facilidad. La firmeza de sus críticas demuestra sus vastos conocimientos en donde se refleja su espíritu de artista: eleva á los grandes hombres, vivifica el alma de los genios fortificando con noble empeño á aquellos que se encuentran aún entre nosotros.

El combatiente de *Venezuela*, el cantor de *El Triunfo del ideal* — poema divino á la Belleza — tenía lógicamente, al hablar de la antigua Grecia, que escoger la gloriosa época de Pericles para desarrollar la acción de *Dionysos*. Sus magnos ensueños de republicano, sus nobles anhelos de artista encontrábanse unidos estrechamente bajo el apacible cielo de Atenas.

Los tiempos helénicos nos entusiasman por la belleza y la filosofía: doctrinas, que cual de manantiales sagrados, brotan desbordándose por el mundo para refrescar cerebros de hombres sabios que moran en ciudades civilizadas. Dominici ha abrigado en su espíritu una época de libertad, purificando en su cerebro nobles pensamientos, acariciando con ellos lo que en su patria se encuentra vilmente oprimido bajo el dominio infame de Cipriano Castro.

Desde aquí, con su periódico *Venezuela* vela y lucha por el bienestar de su país. Es en París el corazón de los venezolanos.

Se encuentra fuera de su patria, huyendo de la falsedad y el crimen. Ha venido al mundo de la luz y procura iluminar las tinieblas. Sus compatriotas, como leones hambrientos, devoran el contenido de *Venezuela*, hallando en cada uno de sus artículos las propias ideas que como una brisa perfumada azota dulcemente sus secretas aspiraciones.

En la lucha contra Castro hace dorar las páginas gloriosas de la patria de Bolívar, y al mismo tiempo arroja despedazadas las que por el gobierno actual manchan ignominiosamente la historia de Venezuela.


Por su talla moral, es decir,

por la elevada cima que representa su noble y austera campaña por la Libertad de la América Latina, es digno de magno elogio y puede servir como modelo á las generaci6ns futuras. En nuestras bellas letras, con su *Dionysos* le bastaría para perpetuarse.

¡Gloria al soñador que haciendo llegar sus ideas hasta nosotros labora delicadamente su inmortalidad! Así los rayos del sol desgarran la atmósfera para llegar á la tierra...

FRANCISCO MÉRINO Y CÓRDOVA,
(*Mexicano*).

En Paris, Julio de 1908.



La Electa

Para Pérez y Curis.

En medio del jardín, junto á un desnudo
Pentélico de Apolo, su sonata
Preludia el surtidor que se desata
En un eterno, inacabable agudo.

Yo estoy absorto, ensimismado, mudo,
Escuchando la suave serenata,
Mientras la luna su esplendor de plata
Vierte en el bosque impenetrable y rudo

Hay fragancias divinas en la umbría,
Fulgor de luna y tierna sinfonía,
Quietud inmensa... el ánima reposa;

Sólo falta que venga al parque agreste,
Envuelta en amplia y sonrosada veste
La electa de mi espíritu: La Esposa!

JUAN GUERRA NÚÑEZ.



Pan aux cerises

Moi, j'ai reconnue Pan à sa libre parure, à ses poils ! Il sautait dans le soleil, cueillant d'un geste aisé, parfois, une cerise aux arbres vermeils. Qu'il était pur ! Des gouttes d'eau perlaient sur sa lisse toison, comme des étoiles : on l'eût dit d'argent.

Et c'était sous l'azur de mon jeune printemps.

Or, ayant avisé dans l'air une cerise plus grosse et plus belle, il la saisit, et puisa le noyau sous la pulpe sanglante. Je m'approchai. J'étais ravi... Lui m'ayant visé l'œil, je reçus le noyau. J'allai tuer Pan de mon couteau ! Il étendit un bras, fit une volte, et tout le monde tourna.

Adorons Pan, le dieu du monde !

PAUL FORT.

Lira Chilena

El Viento de Setiembre

Para APOLO.

A Juan Zorrilla de San Martín.

Viento suave, riente, blando,
tú que vienes levantando
como un iris de perfumes, los aromas
de los valles, de los lagos i las lomas;

Tú que, al beso de tus labios redentores
abres desde la mirada de las flores
en los jérmenes cerrada,
hasta aquella, luminosa i cristalina,
la insondable, azul mirada
de los largos horizontes que oscurece la neblina;

Leve aliento que adormeces con tu eólica dulzura
las oleadas invernales de la inmensa mar oscura;
tú que rindes sus arrojados
hasta hacerlas que mecidas por un sueño
resplandezcan dulcemente como el claro azul risueño
de unos ojos;

¡oh murmullo temblador
que con tímidos enrosques,
vas fingiendo por los bosques
solitarios y desnudos, el melódico rumor
de la fronda venidera y la venidera flor!

¡Viento errante, haz fecundo
el ensueño de esta era, da lo fértil de tu vuelo
al sagrado soplo enorme de su anhelo
que hoy se pierde sobre el mundo!

Haz que él sea tan feraz
como tú eres, i que igual a tí que llevas,
en las suaves inflexiones con que bajas i te elevas,
la cadencia de las olas que en las aguas rizarás,
él también, en sus vehementes impulsiones
sienta ya, flotando, ir,

el latido de armonía
que en un no lejano día,
dará al mar de corazones
que ondeará en el porvenir!

Si va unido con tus soplos, el agosto
soñador anhelo humano
de lo grande, de lo hermoso i de lo justo,
no será un esfuerzo en vano.

Y sabremos — los oscuros — que aunque nadie nos escucha
debatirnos en la lucha,
en las blancas epopeyas del soñar,
nuestra púrpura es gloriosa, porque un mundo se jenera
de los sueños que cantamos sobre el polvo de esta éra,
¡Viento azul de las montañas, de las selvas i del mar!

MIGUEL LUIS ROCUANT.

Santiago de Chile.

Lirio i Paloma

Para Apolo.

« A batallas de amor campos de pluma ».
Góngora.

¡Oh cándido lirio! ¡Oh blanca paloma!
Escuché tu suspiro en la noche...
Y he bebido en tu cáliz tu aroma,
¡oh lúbrico lirio de cándido broche!

¡Oh blanca paloma de castos arrullos!
profané tu hermosura i tus galas,
i yo ajé tus soberbios orgullos
besando tu cuello, tu pecho i tus alas...

Y tengo una pena tan negra, con todo,
que mi amor de ideal, de blancura,
se bañó sin quererlo en el lodo,
en trágicas horas de ardor i locura.

A. BÓRQUEZ SOLAR.

Santiago de Chile.

Paz y tristeza

Para Constancio Ferreira, fraternalmente.

Es un día del invierno agonizante. Brotan recién los renuevos en los árboles escuetos. La campiña sacude su sueño y muestra á los ojos perspectivas risueñas y al sol que ya calienta su vientre fecundo. La gente viste trajes vaporosos y alegres rindiendo homenaje á los días que se agobian bajo claridades de luz. Hay promesas en el aire que se respira dilatando los pulmones. Dulzuras en el verde de la pradera que canta la fiesta primaveral, llena de perfumes, de rumores y de vida regalona. Amor en la naturaleza vigorizada por el calor del sol que se ha tornado benévolo y sabio y justo para el esfuerzo del campesino y la explosión del germen adormecido en el seno de la tierra.

Los durazneros en flor son racimos de bocas plegadas que esperan su muerte con el beso cálido de la primavera avanzada para ofertar á la cosecha humana, sus frutos divinos. Las rosas abren sus corolas sobre las tapias y ponen en el paisaje manchas sangrientas. El sol se hunde en el ocaso, lenta y tristemente. Soberano agosto pide vasallaje al éter y á las nubes que ofrecen sus senos al beso fecundante de la gama. Un pájaro de vistoso plumaje trina sobre el alero de un rancho deshabitado. Otros y otros responden desde la copa escuálida de un árbol solitario que interroga al cielo. El cercano río murmura y se queja. Una barca, con la vela desplegada al viento, hinchada y gloriosa, es el ala quebrada de un cisne fabuloso que

siente el vértigo del abismo oculto tras la onda que pasa... Las barrancas lejanas esfuman sus contornos violentos en el paisaje de la tarde que agoniza. En el cielo todo es sangre y oro. Se diría el campo do ocurriera una masacre de rosas, rosas rojas como heridas palpitantes, rosas purpúreas, rosas de todas los matices.

El silencio se espesa en el misterio. El cielo parece aproximarse á la tierra á través de la penumbra incierta. Flota en la soberanía del paisaje una niebla misteriosa que insensiblemente lo anega todo, lo cubre todo, lo cobija con una especie de manto de silencio, que es el manto de la belleza que pone en el alma toques de ternuras y flores de pena.

Se oye con ligeras intermitencias el lejano ulular de un perro en la campiña. Luego el tintileo de un rebaño que se aleja camino al encierro. Un potro que retoza sobre el pasto perfumado, rasga por momentos, con la batuta de sus patas, el silencio melancólico de la tarde que se inmoló, gloriosa y serena. Un grupo de vacas lecheras se acerca por vez postrera á beber al río y sus sombras indecisas se proyectan en las aguas y se esfuman en la onda que refleja las diversas tonalidades del cielo. Lejanas y tristes suenan las campanas de la parroquia tocando el Angelus. Es la nota triste y dolorosa de la vida campesina que hace inclinarse con respecto las cabezas de la buena gente que saben del esfuerzo generoso y tesonero, y del hu-

milde hogar que se entibia con el beso de un amor santo y primitivo.

Ruido de remos se escuchan como palmadas cariñosas sobre las divinas redondeces de una virgen. Una queja humana juguetea sobre las ondas del silencio y se pierde en las lejanías serenas. Una guitarra desgrana las notas de oro de un motivo hecho con penas y con lágrimas ardientes, y la brisa repite frases de una canción que nace del misterio brumoso de la tarde...

«Triste es vivir... Dame un... beso de fuego... Me muero... Me muero... por tí...»

Luego otra vez impera el silencio tranquilo y sedante. La tristeza del crepúsculo pone un sello glorioso sobre la frente enardecida por la idea. El sol derrama sobre las aguas tranquilas, en la comba dilatada, en la junción distante del azul y de lo verde, ríos de oro y de sangre, de soberana belleza, de metales en fusión

ígneas. Flámulas se agitan en lo alto como pañuelos gigantes que se mueven en despedida gloriosa.

Un grupo de luces salpica el caserío desordenado que se yergue en la loma cercana. La noche agita su manto tramado de tinieblas, y barre la campiña. El sol, lujurioso y solemne, ha desaparecido tras un monte de eucaliptos lejanos que forman cuajarón de sombras.

En el cielo asoma su enorme pupila luminosa la estrella del pastor. La luna, semejante á un enorme glóbulo de sangre, emerge en el horizonte lejano, de la cumbre de una cuchilla de suaves declives. Un misterio nuevo invade el paisaje y una nueva tristeza coloca sobre el corazón el broche de una pena infinita y las facetas luminosas de una lágrima amarga.

PERFECTO LÓPEZ CAMPAÑA.

Santa Rosa del Cuareim, Agosto de 1908.

Nieva el hastío...

Para APOLO

La nostalgia infinita de los nublados cielos y el sopor melancólico de las tristes llanuras, flotan sobre mi ensueño con largas amarguras como un cansado Otoño de inconsolables duelos.

Los íntimos dolores son mis viejos abuelos, me invade una cansera de visiones oscuras, y estoy viendo á la Muerte que abre sus sepulturas á toda la tristeza de mis hondos anhelos.

Voy así... Voy lo mismo que el que no vé y no habla porque, si es un poeta le falta una heroína y si es un pobre náufrago le falta alguna tabla...

Y soy en el regazo de mi extraño abandono, como un rey del Oriente que murió de morfina porque había perdido su esperanza y su trono...

Buenos Aires, 1908.

BENJAMÍN DE GARAY.

Nuestros colaboradores



M. MEDINA BETANCORT

La eterna sombra

De nuevo me rugió la fiera hambrienta.
No cabe que esta vez mi labio calle.
Es necesario, de esta gran tormenta,
Que el rayo de mis cóleras estalle.

Y su estallido, á la jauría artera
Acallará sus lúgubres aúllolos.
¡Esta vez mi humildad no es la que impera,
Quien obra no soy yo, son mis orgullos!

Contra vosotros, los que habéis hundido
El puñal en mi espalda, innoblemente,
Es que me yergo como león herido
En plena majestad, por la serpiente!

Contra vosotros, sí, que tal bajeza
Nunca lo hubiera, á mi pesar, creído;
Al creeros hombres, en mi gran nobleza,
Os di la mano y me la habéis mordido!

Contra vosotros, que fingiendo afectos,
Profanasteis mis flores más sagradas!
¡Cuando suben á un árbol los insectos,
Dejan siempre las ramas deshojadas!

Contra vosotros, que á mi heroica lidia
Contempláis con rencor y sobresalto!
¡Es fuerza que así sea! En vuestra envidia,
Cuanto más desdenáis, me veis más alto!

Montevideo.

Los que clavasteis con traición maldita,
El aguijón del odio en mis entrañas!
¡Ay! Es en vano. Es una ley escrita!
¡Odio eterno de abismos y montañas!

Es una ley que ampara las pasiones
Que en una misma génesis se encastran.
¡Todos nacemos con distintos dones:
Unos pueden volar y otros se arrastran!

¡Para qué continuar? Odio al pantano!
Batir á la jauría es lucha loca!
¡Si el mal se yergue como fosco oceano,
Siempre está el alma para hacerla roca!

Y mi humildad no es causa de desdoro;
En mi mente hay de luz, magnificencias.
El saber no se compra á precio de oro;
Se venden por el oro las conciencias!

La brújula es según como se inclina,
El talento es según como descuella;
¡Por reflejo del agua cristalina,
En un vaso también cabe una estrella!

¡Para que continuar? ¡Si siempre hay yerros!
¡Si hay siempre uno que odia, otro que olvida!
Escrita está la ley. ¡«Ladran los perros,
La caravana pasa»! ¡Así es la vida!

OVIDIO FERNÁNDEZ RÍOS.

Sonatina de primavera

Para Apolo.

Rina sueña y suspira junto á la antigua vidriera
Donde el buen sol que retoza ríe luminosamente,
Presagiando así el retorno de la loca Primavera
Diosa azul de la Alegría y ensoñación del Vidente.

Rina está enferma. Es su rostro tan blanco como de cera.
Y su delgadez se abate bajo aquel mal inclemente,
Y hay en su pecho afiebrado de dulce convaleciente
Como una pena infinita que ahogase alguna quimera.

Pero en el parque do ambulan, los gorriones melodizan
El himno de sus amores, y las rosas idealizan
En los tiestos del arriate sus más rosados ensueños.

Todo gusta de la Vida. Los contornos son sedeños.
Y es por eso que en la tarde de oro de su quimera,
Rina sueña y suspira junto á la antigua vidriera

Donde el buen sol que retoza ríe luminosamente
Saludando así el retorno de la loca Primavera.

JUAN PICÓN OLAONDO.

JUNTO AL CAMINO

Lucía es hija de un peón caminero; linda su casa con una carretera y detrás de la carretera tiene el campo y detrás del campo la sierra, y tras la sierra el cielo. La carretera está cubierta, siempre que no llueve, por un manto de polvo tan blanco que deslumbra; de trecho en trecho hay montones de grava que poco á poco se van tapando con el polvo del camino; en las cunetas crecen hierbajos de un color verdoso que se torna ceniciento á poco de nacer. El campo es un secano grande de trigo donde la mies grana más pronto que tierra adentro, pero con fuerza, y cuando las segadoras llegan á estos bancales, los tallos del trigo parece que se van á tronchar al peso de la espiga y es que no pueden erguirse de anemia, pues rara es la vez que cae sobre ellos agua, y más rara aún la ocasión en que á poco de caer no pasa por el camino un carro que al andar de sus bestias remueve el polvo y mata la frescura. La sierra que está allá, al fondo, tiene matices muy distintos según la mira el sol, que desde que sale hasta que muere, todos los días, se entretiene en entonar sus colores con los que toma el cielo: al amanecer, monte y cielo son grises, con dificultad se precisa donde empieza el uno y donde acaba el otro; luego el cielo comienza á verdear y la sierra sigue tan gris como al principio; más tarde toma pinceladas violeta, toques de ocre, manchas gayas de los pinos que cría, y entonces el cielo es de un azul intenso como el azul del añil, es decir, como el azul del cielo.

La casa del peón caminero

está cortada por el mismo patrón que todas las de su objeto, parecen casas de nacimiento colocadas en la orilla de la carretera por manos de niño: una fachada rectangular de un color blanco moreno, en ella una puerta con dos escalones de ladrillo que nacen en la cuneta, dos ventanas una á cada lado de la puerta y en uno de los costados de la casa, un horno que enseña á los caminantes su bocaza negra como si les dijera maldiciones.

La historia de Lucía me la contó un rudo labriego, viejo, con faz terrosa, con manos arrugadas y contrahechas á fuerza de empuñar el legón, con ojillos azules y pequeños; mientras hablaba sonreía irónicamente mostrando dos colmillos solitarios y negruzcos y unas encías rojas veladas con una sombra blanquecina: yo no pude reír.

Hace ya muchos años, la hija del peón caminero era hermosa, de una belleza bravía, salvaje: la color morena como las barbas del trigo; los ojos más negros que el pelo, parecían dos endrinas maduras — según el decir del aldeano. — Los senos detonaban en su cuerpo con valientes curvas, y sus flancos eran poderosos y macizos. Los labios eran rojos, como si no tuvieran nada encima de la sangre.

Lucía, en un pueblo cualquiera, hubiese sido la zagala de más arranque y más hechuras; las guitarras habrían llorado bajo su ventana todas sus notas, día por día, años enteros; todos los mozos de aquel lugar la habrían juntado mil veces á la virgen en sus coplas; todos los huertos se habrían quedado sin flores en

primavera para que ella las luciese; todas las mujeres habrían perdido los colores de sus mejillas envidiando los de ellas... Pero, Lucía nació en la casuca de un peón caminero, á treinta kilómetros de distancia del más cercano caserío.

Todas las tardes, cuando el sol se escondía detrás de la casa, poco antes de anochecer, la moza se sentaba á la puerta con una labor que no acababa nunca, á pesar de trabajar siempre en ella, pues siempre era la misma.

Pasaban carros enormes entoldados de lona blanca y tirados por una reata de tres, cuatro, cinco, y á veces más caballerías, que rítmicamente iban avanzando sus patas con pereza cansina, como si tuvieran seguridad de que aquel movimiento habían de hacerlo muchas, muchas veces antes de parar definitivamente; pasaban también tartanas pintarrajeadas de colorines, que al compás de cascabeles iban haciendo equilibrios sobre el eje y dando tumbos al pasar por los baches; de vez en vez acertaba á pasar un coche que pudiera llamarse tal, y más rara vez aún, un viajero á pie. Pero el goce de Lucía no estaba en ver pasar los carros, ni las tartanas, ni los coches, ni los caminantes; su ilusión era esperar la diligencia, el correo, como pomposamente le llamaban, y que no era sino una silla de postas descolorida y blancuzca de tanto moler con sus ruedas la grava del camino, tirada por cinco bestias, que desde hacía mucho tiempo eran las mismas: cuatro mulas castañas y delante un caballazo grande y blanquísimo.

Todas las tardes pasaba á la misma hora sobre poco más ó menos. Lucía esperaba haciendo

labor hasta que empezaba á oír el ruido de los cascabeles que aun venían muy lejos, tan lejos que, siendo recta la carretera en mucho trecho, nada se veía hasta pasado un buen rato. Entonces abandonaba la labor, se ponía en pie y miraba la blancura del camino hasta el horizonte. Primero asomaba nada más que una mancha oscura que apenas se movía y el cascabeleo continuaba sonando muy débilmente; después sí, después ya se distinguía la forma del coche con su baca enfundada de cuero, más tarde se veía todo, hasta el caballo blanco que antes se confundiera con el color del camino. Y por fin, mientras sonaban furiosamente los cascabeles y se oía el rechinar del polvo bajo los aros de las ruedas para levantarse después en densas nubes y se percibía ruidos de cadenas, pasaba el coche al trote largo de sus cinco bestias por delante de la casilla; se oía un «¡ Buenas tardes! » del mayoral, dicho con afectuosidad, y luego, con la misma voz, pero con distinto tono, un «¡ Ya, ya, *Porcelano!* » un trallazo, y el armatoste aquel seguía su camino mientras se apagaba poco á poco el monótono tintineo. Lucía agarraba su silla y su labor, se quedaba un momento mirando cómo disminuía la marcha del carruaje, y después se entraba.

El sol acababa en horas tales de hundirse detrás de un cerro de color rojizo; las nubes se teñían de púrpura, el campo se iba oscureciendo, y la sierra tomaba sus más fantásticas coloraciones á medida que el cielo iba pasando lentamente de un violeta intenso á un morado pálido, del morado al verde, del verde al azul claro, del azul claro al gris

y del gris al negro, un negro fosco, roto por mil puntos en cada uno de los cuales se prendía la luz de una estrella. Después nada, un silencio sedante no interrumpido más que por el vientecillo serrano que movía los trigos ó por una malagueña cantada muy lejos, sabe Dios dónde y por quién, cuyas notas se mecían en el aire durante largo rato y cuyas palabras decían cariños y hablaban de sangre, de navajas, de morenas y de madres.

Y así todos los días, pasaba uno, pasaba otro, y aquel caballo blanco, aquel *Porcelano*, era el reloj que marcaba á Lucía el término de su cotidiano vivir.

La niña cumplió los veinte años y ya llevaba cinco viendo pasar la diligencia y aun no sabía lo que era la voz de un hombre cuando le dice á las mujeres que son bonitas. Ni lo sabía, ni esperaba saberlo, ni pensaba siquiera que alguna vez en su vida se lo debían decir, porque aun ignoraba cuanto lo era ella.

Una tarde de primavera pasó el coche como siempre, pero en vez de sonar desde su interior tan sólo el saludo recio del mayoral, se oyeron también otras palabras que ella no supo lo que decían ni quién las pronunciaba; y al poco rato, cuando aun no había oído la moza el nombre del caballo blanco, detúvose perezosamente la diligencia, estuvo parada un instante y un hombre saltó á tierra. El hombre se dirigió hacia la casilla y el coche siguió rodando.

Aquel día la hija del peón caminero vió anochecer á la puerta de su cortijo y oyó cómo dicen los hombres á las mujeres que son bonitas, y supo cómo lo decían; supo también que su cuer-

po era un encanto de cuerpo, y que tenía música en la voz, y que la sangre, al saber todo esto, se le subía á las mujeres hermosas á la cara, y que se les cerraban los párpados, y oyó cómo la pedían entonces que los abriera. Pensó que de aquella manera debían hablar los hombres cuando no mienten, y que todo, todo cuanto decían así, debía ser verdad!

Lucía no acertaba á contestar al principio, hubo un momento en que, creyendo que aquel hombre iba á hacerle algún daño, estuvo tentada de coger silla y labor y meterse en su casa y dejarle en medio de la carretera, pero cuando oyó su voz, cuando se convenció de que nada habría de sucederle, entonces se quedó, sobre todo cuando la dijo que era más bonita que los claveles de su reja. Después estuvo escuchando cómo vertía desde su boca aquel hombre palabras, que ella no conocía unas veces y otras veces palabras que había soñado.

Mucho tiempo estuvieron hablando, mucho; al poco rato ella hablaba también, pero con temor, tenía miedo de contestar algo desagradable que hiciera callarse al mozo y al mismo tiempo temía que si callaba se ofendiera también.

Hízose de noche. Sonó á lo lejos el rodar de una tartana y el mozo se puso á mirar. Se tenía que ir, era imprescindible, pero volvería; claro que volvería!, volvería para estar con ella mucho tiempo, para decirle muchas cosas que aun no le había dicho, para enseñarle muchas palabras que aun no sabía. Tal vez no fuera al día siguiente, ni al otro quizá, pero debía esperarle porque tenía que volver.

La tartana se detuvo á una

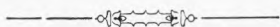
seña. El mozo entró bajo el toldo y luego tornó á ponerse en marcha. Lucía estuvo mirándola un buen rato, hasta que se confundió con las negruras de la noche, y después otro rato hasta que dejaron de oírse las campanillas del caballejo.

—
A partir de aquel día, la hija del peón caminero ha visto muchos atardeceres desde la puesta de su cortijo. Ya sabe cual es la primera estrella que sale del

más alto picacho de la sierra, ya sabe que desde hace unos años no es blanco el caballo que lleva delante la diligencia, ni es el mismo el mayoral; sabe también cuánto trigo han segado en el secano de enfrente.

Todos los días sale para ver pasar el correo. En sus cabellos, ya grises, pero cuidadosamente alisados, pone todas las tardes, antes de llegar la diligencia, una flor nueva, roja, como eran antes rojas las rosas de su cara.

MIGUEL A. RÓDENAS.



PSALMO DE AMOR

Para Apolo.

A María Luisa ...

Benditos sean tus ojos de miradas tan buenas
que apagaron mis dudas y extinguieron mis penas;
ardieron en su lumbré mis profundos enojos
y mis amargos duelos, benditos sean tus ojos!

Benditas sean tus manos que con sublime calma
fueron curando todas las heridas de mi alma;
sucumbieron por ellas mis ansias infinitas,
benditas sean tus manos, benditas sean, benditas!

Bendita sea tu boca ardiente, como el fuego,
que cedió noblemente á mi erótico ruego,
y con sus almos besos que el corazón evoca
calmó mis horas negras, bendita sea tu boca!

Oh!, la noche solemne de tus guedejas brunas
donde son tus peinetas estrambóticas lunas;
oh!, tus mejillas pálidas como enfermizos mares
donde veo cual náufragos tus pequeños lunares!

Oh!, Tú, mi santo ensueño, mi novia inmaculada
á quien rendido llego, y quien con la mirada
de sus ojos benditos mis tormentas evita:
serás la amada eterna, la eternamente amada
bendita seas por eso, bendita seas, bendita!

· · · · ·
Benditos sean tus besos que en paréntesis almo
recibirán en breve al trovero y al psalmo:
por ellos veo mis hondas penas en mil pedazos
huir para «in eternum», benditos sean tus brazos!...

FRANCISCO CÉSAR MORALES.

PIERROT DE COMPRAS

Jadeante, apurado,
Y al brazo la cesta,
Pierrot va al mercado
Con cara de fiesta.

— ¿Dónde vas sin Colombina,
Pierrot?

— De compras, señor.
Para el rostro busco harina,
Para el alma busco amor.

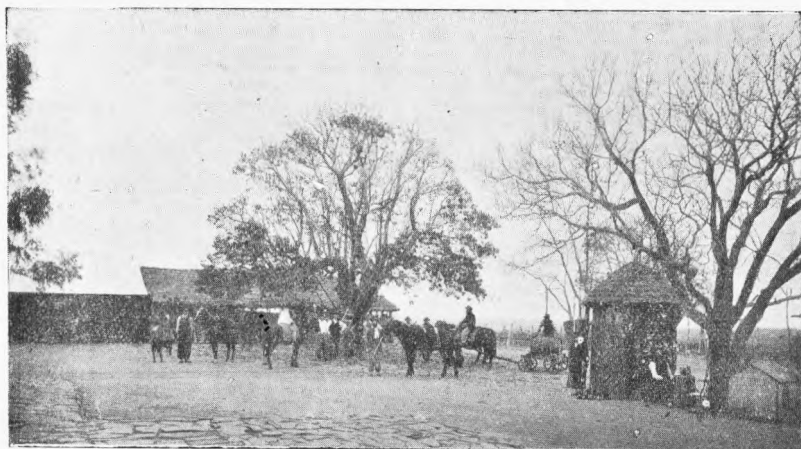
Buenos Aires, 1908.

Pierrot fatigado
Y al brazo la cesta,
Vuelve del mercado
Sin cara de fiesta.

— ¿De dónde sin Colombina
Vuelves?

— De compras, señor.
Traigo harina, mucha harina...
Pero no he encontrado amor.

PABLO MINELLI GONZÁLEZ.



TÍSICA

Para Apolo.

Nevada era la seda del rostro, como un lirio,
y mucha luz de aurora guardaban sus pupilas,
azules como el cielo, como el azul tranquilas,
brillantes como el oro que en hilos torna Sirio.

Se le allegó la tisis con su letal martirio
y le brindó implacable semanas intranquilas,
y tuvo en las ojeras el tinte de las lilas
y fueron sus dos manos exangües como un cirio.

Amó los versos vagos ungidos de tristeza,
las flores amarillas de pétalo sedoso,
la queja de las flautas y el aire del jardín.

Una tarde de invierno dobló la cabeza,
se le acercó la Muerte y dióle su beño
y fué su faz más casta que el blanco del jazmín.

San José de Costa Rica.

LISÍMACO CHAVARRÍA.

Los ojos negros

Vosotros, los que, engañados por la mentida luz de unos ojos negros, disteis en la traición de su sombra, oid el relato.

Si de dos enlutados soles guardáis en lo recóndito del pecho dos rayos escondidos, habréis de gustar su encanto misterioso.

Era en la estación suave y rumorosa, la de las alboradas risueñas y los ocasos tristes. Por aquella época de ventura mi espíritu, en temprano florecer de amores, seguía enamorado y cautivo la oculta trocha, el deleitoso sendero que con su luz le alumbraban dos pupilas negras.

Habíame arriesgado en excursión romántica, por los repliegues de pintoresca serranía, y tras largo caminar aquella tarde abrileña, henchida de luz y de aromas, dí en esquivo paraje, donde se alzaban los soleados muros de antiguo monasterio.

Poco antes cruzaba un pueblecillo serrano, blanco y alegre, abierto al sol y á la brisa. En sus huertos los frutales florecían en alba primavera. Reía el agua en los regajos, y en el frescor de sus ondas bajaba á la llanura la vistosa gala, el perfumado atavío con que había de enlozanar y enverdecer el valle. Junto á la presa de un molino, y en la margen de un arroyo, que sus puras aguas entre lirios escondía, lavaban dos mujeres. Era la una vieja, rugosa y fuerte; la otra, mozueta, desgarrada y sucia. Ambas mujeres tenían sus rostros curtidos por el beso del sol, encendidos los brazos por la caricia del agua. La vieja, afanada en su trabajo, me miró indife-

rente; los ojos de la moza, grandes y negros, me siguieron curiosos. Y juro que sus tenaces miradas hicieron temblar los rayos de otras pupilas negras, que yo recataba gozoso allí en el rincón más escondido del alma.

Me interné en la espesura, y durante un rato escuché el alegre rumor de las femeniles risas. Poco después, nada oí.

Con el cielo azul, sereno y limpio, rimaba la tierra florecida y riente. Embriagaba los sentidos la brisa, llena de campestres fragancias; era deleite del espíritu la paz, el silencio aquietante de aquel solitario retiro.

Como soy un espíritu romántico, á ratos poeta y soñador siempre, me sedujo en extremo la plácida melancolía de aquellas soledades.

La zarzamora obstruía la entrada del ruinoso claustro; la hiedra, trepando por las maltrechas columnas y enredándose en las gárgolas, cubría sus heridas con un manto amoroso de verdura; ocultaba el musgo las afligranadas labores de frisos y capitales, y entre la maleza desaparecían las lozas de las tumbas. Una fontana pura gorgoteaba cadenciosa en rincón sombrío, bajo dosel de zarzas.

Esculpidas en tosca piedra, sobre pedestales y sepulcros, destacábanse las severas figuras de evangelistas y guerreros, y, sin duda por extraño capricho de la suerte, los evangelistas aparecían con los evangelios destrozados, los guerreros con las espadas rotas. Dijérase que los siglos en su labor destructora, y

el tiempo, en su correr incesante, habíanse complacido en ir poco á poco destruyendo aquellos símbolos de su poder y de su influjo.

Aunque la contemplación de aquellas mutiladas maravillas á remotas edades de luchas heroicas y ciegos fanatismos transportaba, impresionado por la gentileza de una figura y por la luz de unos ojos, rumbo distinto tomaron mis pensamientos.

¡Mientras existan unos ojos negros! — exclamé, como respondiendo á mis propias ideas.

Y después de tenderme sobre la hierba, seducido por el poético misterio y la amenidad de aquel lugar delicioso, fué suavemente invadiendo mis sentidos una dulce somnolencia.

Un ruido turbó el silencio y vi, con terror indecible, alzarse la loza de una tumba cercana. Las lagartijas corrieron asustadas á sus escondrijos; se oyó el roce de una culebra en los zarzales, y un monje, vestido de blanco, destacó su figura sobre el follaje.

Quise huir y no pude. Sobre-cogido del más temible de los espantos, sentí un frío mortal que penetraba hasta la médula de mis huesos. El fraile me miraba fijamente.

La humedad de la tumba, condensada en espesas gotas, corría por sus hábitos; un rayo solar reflejaba en su blancura. Me paeció que el fraile era de nieve, y que al contacto del fuego del sol, de la luz esplendorosa de la vida, comenzaba á derretirse.

— ¡Pobrecillo! — dijo con voz dulce, moviendo la venerable cabeza con expresión de lástima — ¡Pobrecillo! ¡Mientras existan unos ojos negros!... También á mí, en el mundo, me cegó la luz de unos ojos, también soñé

con horas de inefable dulzura, de amor inmenso... Los ojos negros me traicionaron; por algo eran negros.

Hablaba el fraile lenta y trabajosamente, como si le costase gran esfuerzo pronunciar las palabras ó le pesara decirlas. Yo le oía sin atreverme á respirar siquiera.

— ¡Negrura! ¡Negrura! — prosiguió, con voz cada vez más dulce — eres reflejo del amor de los hombres. En el claustro busqué la paz apetecida; pero no pude encontrarla. El Señor no quiso otorgarme su gracia divina. Como tantos otros me refugié en la celda, no por amor á Dios, sino por odio al hombre. En meditaciones y rezos, me distraía una tenaz idea. Yo no acertaba á explicarme cómo Dios, pureza infinita y bondad suma, puso negruras en los ojos de la mujer.

Una revelación vino á aclararme el misterio, y supe que el amor divino hizo los ojos azules y que el amor humano los convirtió en negros... ¿Dudas? ¡Ay!, yo también dudé cuando en mi corazón ardía el fuego de la mocedad, cuando mi fantasía acariciaba mentirosas ilusiones. Pero mi corazón se consumió en las llamas, y sólo cenizas quedan; las cenizas no arden. Sobre mi cabeza cayó la nieve de los años; bajo la nieve no brotan flores... Escucha.

Hubo una pausa. No se oía otro rumor que el monótono y soñoliento del agua de la fuente-cilla. El fraile continuó:

Dios hizo el mundo de la nada; con gala y verdores cubrió la tierra, y de frágil barro formó al hombre. Púsole en el paraíso del deleite y le instituyó dueño y señor de toda la tierra,

de las aves del cielo y de los peces del mares. Pero Adán, con este imperio, no era feliz; le faltaba la mujer.

Y cayó en un profundo sueño.

Compadecido Dios del hombre, quiso darle compañera: con cuidados de artista exquisito modeló el barro, vertió en él todas las gracias, encantos y primores, y nació Eva.

Para recibirla vistió la Naturaleza sus atavíos mejores: con gorjeos la saludaron las aves; las flores, con perfumes; el agua, con murmullos.

El sol se enredó en la undosa mata de su pelo.

Inflamada por el amor divino, la mujer elevó su mirada á la altura, y dos pedacitos de cielo azul, puro y transparente, reflejaronse en los limpios cristales de sus ojos.

Eva tuvo los ojos azules. Aun no se había fijado en el hombre.

Por entre espesuras y frondas deslizaba el Tigris su mansa corriente. Ansiosa de gozar su frescura, Eva sumergiéndose en las ondas. Abrazó el agua, con cariño de amante, aquel cuerpo blanquísimo, y, cantando su dicha, corrió por la pradera, besando con besos de espuma las amenas orillas cubiertas de flores olorosas.

Eva salió del río lozana de juventud, espléndida de hermosura, radiante de belleza. Adán, que desde la orilla la contemplara, sintió el bullicioso correr de su sangre, el latir presuroso de su corazón sin tristezas; tuvo conciencia de la vida. Temblando de emoción, acercóse á la mujer primera, sin mancha y sin pecado. Sus pupilas, espejos del cielo, aun reflejaban, el azul purísimo. El hombre las cerró, besándolas con ternura. Cuando Eva tornó á

abrir los ojos, los tenía negros...

Se ahogó la voz del fraile, desvaneciéndose sobre el verdor de la umbría su alba figura.

Asustadas del ruido más leve, las lagartijas se deslizaban, ondulosas é inquietas, por los muros soleados. Sobre la loza de la tumba cercana, guardando el misterio de la muerte, un obispo dormía su eterno sueño de piedra. Rítmicamente goteaba la puertecilla en el rincón húmedo y sombrío, bajo dosel de zarzas. En un rayo de sol se perseguían dos mariposas de fuego. Un vienteillo suave me trajo, envuelto en su perfume, jubiloso rumor de femeniles risas.

Y parecióme que por entre el encaje de la fronda al dolor de la vida y al amor que la alegría, me atraía el llamante mirar de los ojos negros.

ENRIQUE DE MESA.



FAMILIAR...

Para Apolo.

Manos de casa abrieron mi postigo
y entróse hasta mi lecho la mañana,
con la cordial franqueza de un amigo
y la unión cariñosa de una hermana.
¡Era una gloria! Y en verdad, os digo
que el sol aquel brillando en mi ventana
era más sol que nunca; y fué conmigo,
viva en su luz, toda la paz aldeana...

Después de la ablución en agua pura
y fría de la fuente, con premura
á vestirme empecé: cuando, de afuera,
llegó hasta mí de un pájaro la trova...
Corrí á abrir la ventana y Primavera
llenó mi corazón como la alcoba.

EMILIO FRUGONI.

PRIMAVERA

Para Apolo.

A Manuel J. de O. Rocha.

Veste-se a terra inteira de esperança;
De seus labios gentis—as bellas flores—
Evolam-se balsamicos olores
Ao louro esposo que no azul avança.

Brilha um iris por lucida aliança,
E a Terra lendo a musica dos côres
Ensina o beijo—o canto dos amores—
Á fera, á virgem meiga, á rola mansa.

Passa nadando em luz a brisa em festa;
Cantão em câro os vates da floresta;
E o Sol em honra á venturosa data

Liberta as innocentes prisioneiras,
Solta as aguas das alvas cachoeiras,
Fundindo os nós dos seus grilhões de prata!

Suissa, 1901.

DARIO GALVÃO.

A ISABEL

Para Apolo.

¿Dónde hay más fuego que en tu boca ar-
[diente?]

¿Qué hay más azul que tu pupila amante?
¿Qué luz es más augusta y deslumbrante
que la que brilla en tu serena frente?

¿Cuál es de todas la inefable brisa
que ingenua corre por la tarde en calma,
que haga vibrar, como música el alma,
la expresión adorable de tu risa?

¿Y qué podrá forjar la mente loca
de una intensa pasión en mil excesos,
que sea comparable con los besos
que llevas desmayados en la boca?

¿Y qué habrá de más puro que el acento
de tu voz, cuando amante languidece,
tan exquisita y suave que parece
hecha de gracia, amor y sentimiento?

¿Cuál el rayo de luz que no caduca

consumiéndose de odio en sus destellos,
ante la rubia aureola de cabellos,
que en efluvios te caen sobre la nuca?

Es inútil buscarlo por doquiera,
volando en alas del febril anhelo
sobre la faz inmensa de este suelo.
Talvez lo encontraré cuando me muera,

tras el raudo volar por el espacio
del alma, libre ya, que canta y sube,
en el seno inefable de una nube
que tenga refracciones de topacio.

En una dulce noche, en el circuito
de tenue luz que vaya perfilando,
alguna estrella celestial, cruzando
como una bendición el infinito.

O junto al mármol de mi tumba fría,
la más triste de todo el cementerio,
en una flor oculta en el misterio
y amantada con la vida mía!

José Viana.

Lira Venezolana

Desesperanza

Para APOLO.

Princesita gentil, decidme, cuando
Regresa el paje Flor,
El barbilindo paje
Que va y viene cantando
Cuando lleva un mensaje
Para vuestro señor.

Hace tiempo que espero,
Hilvanando mis sueños
Bajo el naranjo en flor.
Hace tiempo que espero
Al rubio paje Flor,
Que ha soñado unas cosas en sus noches de ensueños
Que lo tienen enfermo de un hondo mal de amor.

Ya retorna princesa,
Retorna vuestro paje
Y cruza el boulevard;
Trae un tierno mensaje
Y un radiante collar,
En una caja un velo, y en otra color fresa
Una corona hecha de flores de azahar.

¿Son aprestos de boda?
Ya preludian las almas
Su galante canción.
A vuestra sienes, palmas
Prenderá la ilusión,
Y de tu regia corte la buena gente toda
Rendirá á tus hechizos sus flores de oblación.

Solamente hoy el paje,
El rubio paje Flor,
No ha venido cantando
Como el blanco mensaje
De esperanzas y amor.
¿Por qué torna princesa, tan triste vuestro paje?
¿Será que han muerto todos sus ensueños de amor?

GUILLERMO LAVADO ISAVA.

Bibliográficas

Libros y folletos recibidos

TALISMANES, por Ernesto Mario Barreda — Madrid. Acusamos recibo de esta nueva obra poética publicada por la importante casa editorial de Gregorio Pueyo. *Talismanes* es un volumen de poesías modernistas que revelan en su autor gran potencia descriptiva y excelente gusto en la elección de los motivos. La musa de Barreda es armoniosa y compleja; tan pronto canta á una puesta de sol ó á una indiada que cruza la Pampa en actitud belicosa como á la mujer que ha logrado impresionar á su psiquis. En este último caso Barreda se muestra un emotivo exquisito y original que subyuga y á la vez deleita. Su estilo exento de juegos amanezados, hace que se le lea con hondo recogimiento. Barreda triunfará. *Talismanes* señala su primer paso hacia la meta.

ESTUDIO CRÍTICO SOBRE P. SONDERÉGUER, por F. Jara Mar — Santiago de Chile. Es este un folleto de 23 páginas en el que se estudia someramente la joven personalidad del autor de «Cándor» y «Crítica del genio». Correctamente escrito, y con abundantes detalles acerca de la obra intelectual de Sonderéguer, el folleto de Jara Mar demuestra singulares aptitudes á desarrollarse en otra obra de la misma índole pero más extensa que la que nos ocupa.

CORAZÓN ROMÁNTICO, por Israel Urdaneta — Maracaibo (Venezuela). — Constituyen este folleto una decena de poesías ricas de emotividad y de imágenes originales. ¡Lástima que todas ellas estén escritas en endecasílabos y pareados! Un libro así, magister su poca extensión, resulta monótono para el lector que quiere armonías diversas y un ritmo vario para halagar á su espíritu. En *Corazón romántico*, la idea y el motivo mismo de casi todos los versos encubren algo lo monótono del acento, pero no alcanzan á desvanecerlo por completo. Agradecemos el envío.

FILIGRANAS, por Miguel A. Montalvo — Guayaquil (Ecuador). — Es este un artístico volumen de poesías, impreso con todo lujo y lleno de fotográficos que representan á las bellezas ecuatorianas. El libro de Montalvo es una recopilación de muchas de las poesías que el distinguido escritor ha enviado en postales ó publicando en las principales revistas de Guayaquil y Quito, donde su firma goza de mucho prestigio. *Filigranas* es un bello libro que se lee con agrado por las muchas bellezas que encierra.

CREACIÓN, por T. Carnevali Retali y E. Picón Lares — Mérida (Venezuela). — Hemos recibido este folleto de prosa y verso que acusa la labor insegura de dos jóvenes iniciados. «Prosas», que así se titula la

primera parte, pertenece al señor Carnevali Retali, director de la revista *Mensaje Literario*. Son páginas breves, impresiones frágiles que halagan el oído y revelan un temperamento de poeta. Constituyen la segunda parte: «Notas de mi lira», del señor Picón Lares, diez composiciones poéticas reveladoras también de un exquisito temperamento pronto á manifestarse.

NUEVO CANJE

VENEZUELA — Paris. — Por primera vez nos ha visitado este periódico de combate, latino-americano, que dirige y redacta el galano prosador Pedro César Dominici, ya conocido entre nosotros por sus hermosos libros «Dionysos» y «De Lutecia». Su sumario es excelente. Cada artículo es un latigazo á Cipriano Castro, el actual déspota venezolano bajo cuya administración se comete toda clase de excesos contra la libertad individual.

Enamorado de un ideal más amplio y humanitario que no reconoce fronteras ni se circunscribe sólo á una raza, nosotros, aplaudimos sin embargo la labor de Dominici, por cuanto ella significa también un gran esfuerzo por el supremo ideal de la libertad.

Establezcamos gustosos el canje de práctica.

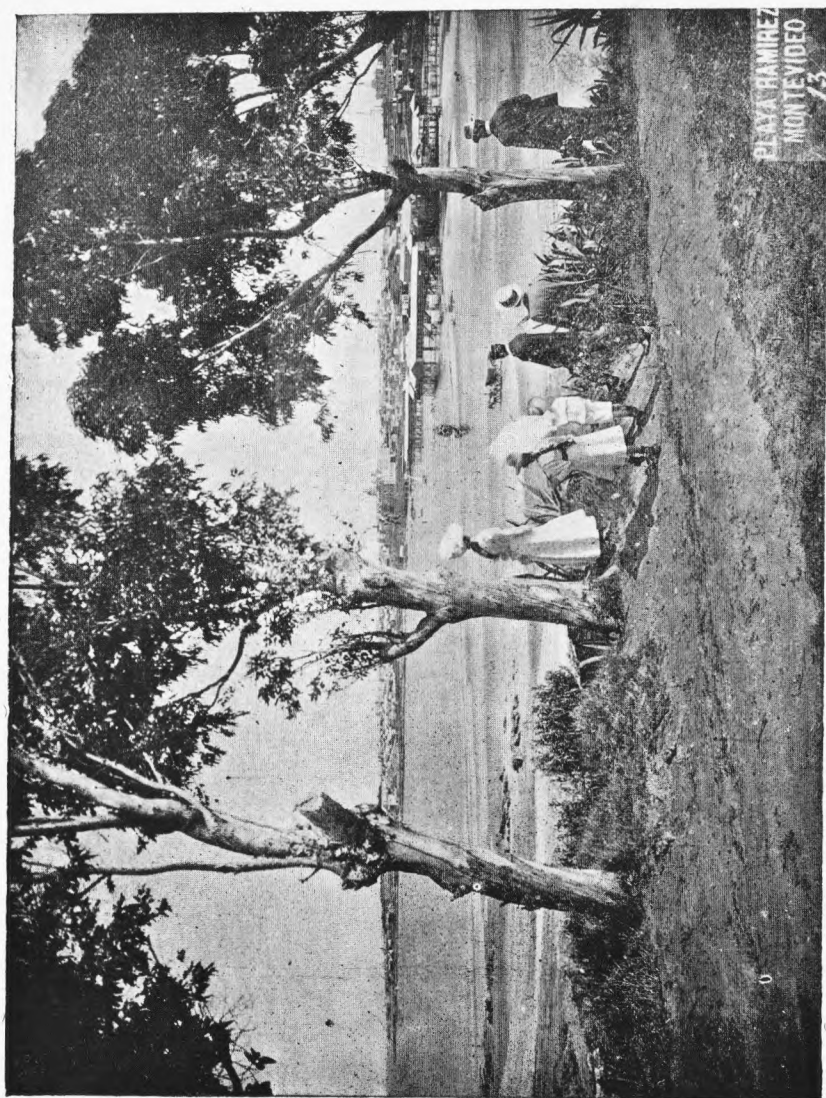
HISPANO-AMÉRICA, San José de Costa Rica. — El número 1 de esta revista internacional que dirige el señor Silvio Selva, ha llegado á nuestra mesa de trabajo. En su editorial promete mucho en pro de la libertad. Vamos á ver si cumple. Corresponderemos al canje.

LETRAS, Habana. — De esta bella revista literaria que publican los hermanos José M. y Nestor Carbonell, hemos recibido los números 2, 3 y 4, correspondientes á su segunda época. *Letras* sale ahora semanalmente y ornada de hermosas ilustraciones. Ya tenemos establecido el canje con la simpática revista cubana.

CANJE ORDINARIO

«*Letras*», Habana; «*Revista de la Sociedad Jurídico-Literaria*», Quito; «*Elitros*», Maracaibo (Venezuela); «*Venezuela*», Paris; «*Nueva Vida*», San Salvador; «*Germen*», Buenos Aires; «*Trofeos*», Bogotá; «*Nuevos Ritos*», Panamá; «*Fénix*», Santiago de Cuba; «*Pedagogía y Letras*», Guayaquil; «*Mes Literario*», Coro (Venezuela); «*Guayaquil Artístico*», Guayaquil; «*El Anunciador Costarricense*», San José de Costa Rica; «*Archivos de Psiquiatría y Criminología*», Buenos Aires.

NOTA — Esta revista no canjea sino con las del exterior.



El alma del artista

—
Por Pérez y Curis
—

—¡Qué día hermoso para morir — murmuró el artista contemplando el cielo azul y luminoso de aquella tarde de otoño y la inmensidad del mar, cuyas ondas, indolentes como un tul de terciopelo, palpitaban á sus pies y se deshacían en vaporesos vellones de espuma al chocar contra la roca que servía de asilo á su espíritu atormentado por las realidades de la vida. Y una lágrima rebelde como su corazón se deslizó por su mejilla pálida surcada de prematuras arrugas, y fué á caer sobre la roca enhiesta, como una perla invisible engendradora por el dolor en la soledad y el silencio.

El mar, imponente y sonoro como un rumor de crótales cercanos, y la tristeza de la tarde cenida de nieblas sutiles, ejercían una influencia enorme sobre la psiquis adulescente de aquel artista emotivo y le insinuaban á la meditación. Por eso estaba allí, como un creyente enamorado y devoto ante la imagen de Dios. Pero había ido para soñar un instante y morir arrullado por el mar. Sólo la idea del suicidio lo había llevado allí.

Y ante la cruel revelación de sus angustias terribles, volvió los ojos al pasado, y lo miró primero tenebroso y luego iluminado por los resplandores de una aurora como de triunfo. Recordó entonces sus luchas de cuando apenas se había iniciado en el arte, y el abandono en que lo dejaron sus amigos presintiendo su próxima derrota; vió lapidados sus cuadros atrevidos y elocuentes por la multitud ignara, grotesca, inconsciente de la vida; y, frente á esa multitud que abominaba de él y gritaba desaforadamente como un bando de golfos en revuelta, vió erguirse la silueta ática y artística de Margot, y el rostro de una élite de artistas entusiastas y nobles como él, que le amaban porque conocían sus méritos y el ateísmo de su espíritu exuberante.

Después de aquella mirada retrospectiva

cuya última visión era el triunfo, y con él los gestos de admiración de un público predilecto que sentíase hondamente emocionado por el encanto de sus obras y su sentimiento estético altamente conmovedor, el artista miró el mar, triste, caóticamente triste, y bello como para arrojarse á él y desaparecer bajo sus ondas que fingían amplio y verdinegro sudario.

¿Vivir? ¡Para qué, si él era la encarnación del dolor y el mar le ofrecía un refugio! ¿Vivir, sintiendo como un copo de nieve sobre su corazón; vivir así, torturado por una realidad que mostrábase el amor mientras él alcanzaba el triunfo? ¡Oh, no! ¡Eso no era vivir!

Y el artista sufría, sufría, como si un dardo envenenado penetrase en sus fibras lentamente. Y lloraba sin consuelo porque lo que no habían logrado sus enemigos que se estrellaban contra su carácter y su voluntad de bronce, lo conseguía entonces el amor; ¡el amor que lo abatía y poblaba sus ensueños como un trozo de tiniebla, como una racha de invierno!

La idea había muerto en él ante la acritud de la realidad. Margot, su bien-amada, su musa favorita, no era la virgen soñada por él. Era una mujer sensible, voluptuosa y bella como una flor tropical. No era intacta;

nó era virgen. Otro había desflorado á esa rara flor del trópico cuando abría como una azucena húmeda sedienta de caricias. Antes que él, otro había posado sus ojos sobre ella y profanado sus carnes, y otros labios habían bebido en los suyos.

Todo artista es un psicólogo. Y él, sutil observador de la vida, había estudiado á su amada. Y en sus gestos, y en sus miradas vehementes, y en sus suspiros prolongados, y en los mordiscos que acompañaban á sus besos, y en la nostalgia que demostraba sentir de emociones conocidas, leyó el artista la grave revelación: Margot no era una virgen como él creyó al conocerla. Y, sin embargo, la amaba. Y evocando su nombre meditaba aquella tarde:

¡Ah, si me fuera dado llevar su espíritu á un cuerpo de mujer inmaculada!

Pero ya era tarde. Todo estaba perdido para él. Dias antes, después de largas meditaciones, y en un momento en que su dolor había llegado al summum, sus manos eructes embadurnaron algunos lienzos en que el artista mostraba su plétora de visiones esbozadas aún en rasgos suaves. Y sus cuadros yacían por el suelo, destrozados y excomulgados por él, que los había concebido con amor y perseverancia, puesto el corazón en ella y los ojos en la modelo.

II

La playa estaba desierta. Ni una nave bogaba por allí. El silencio de la tarde era interrumpido continuamente, con monótona tristeza, por el rumor de las olas al romperse entre los riscos desde cuya cima, una bandada de gaviotas miraba el mar voluble, majestuoso.

El artista soñaba fijos los ojos en el mar también. A su lado lucía un revólver su caño como de níquel. En la altura, la niebla era más espesa.

Por el ribazo avanzaba una mujer, aceleradamente. Se acercó á la roca en que el artista buscara un último refugio, y, reconociéndolo por la espalda, gritó:

— ¡Claudio!

El artista volvió los ojos hacia atrás, sorprendido, estupefacto; ocultó el revólver y murmuró:

— ¡Tú también, Margot! ¡Tú también te revuelves contra mí!

— ¿Yo? ¿Por qué? — exclamó ella sollozando amargamente.

Y agregó:

Yo no tengo la culpa. Sólo la tiene el pasado. Y tú, sabiendo que te amo, has querido eliminarte! ¿Por qué, Claudio?

¡Abandonarme á mí ahora que el porvenir nos sonríe! ¡Qué horror! Ven conmigo. Serás feliz.

— No quiero la felicidad — respondió él resueltamente. Ella es el patrimonio de los idiotas y de los imbéciles, de los seres sin alma y sin ideales. ¡Sólo quiero vivir, vivir!...

Y como Margot se arrojara á sus brazos llorando, prosiguió:

— Pero te quiero á tí. ¿Que otro ha mirado la flor de nácar de tu bella desnudez y la ha palpado también? ¡Qué importa! Ven conmigo. Eres virtuosa aún pues eres infortunada.

— ¡Ah Claudio! Tú no me amarás como antes — murmuró ella besándolo en las mejillas, en la frente y en los labios. He sido de otro hombre en mi primera juventud. La juventud no reflexiona; tú lo sabes. Pues bien. Enamorada de él, que erguiase ante mis ojos diciéndome sus deseos; y, exasperada un tanto mi pubertad por desnudas visiones de quimeras y por la contemplación de idilios y tocamientos de enamorados furtivos, me entregué á él, inconscientemente, y supe de los placeres carnales, de esa vorágine del amor á que me arrastraron mis sueños. Yo no tengo culpa. ¿Me perdonas?

Y el artista, suspirando y estrechándose á

ella que le miraba amorosa y conmovedora, respondió:

— Si, Margot, te perdono y te querré como hasta ahora. ¿No me conoces aún? U olvídas que tenga un alma de artista reñida con la multitud, y que he hecho un auto de fe con las liturgias sociales?

— No ignoro tus sentimientos pues sé de tus sacrificios. ¡Qué bueno eres, Claudio mío! ¡Y pensabas en la muerte!

— Si, pero ahora quiero vivir. El suicidio es una aberración.

Y reclinó la cabeza sobre el pecho de la amada mientras sus labios repetían, como un suspiro, como una queja:

¡Ven conmigo pues eres virtuosa aún!

Breviario epistolar

Correspondencia de "Apolo"

Francisco César Morales—México—Va en este número. Agradezco sus elogiosos conceptos.

A. Borquez Solar—Santiago, de Chile—Las otras irán apareciendo en los próximos números.

Ernesto Mario Barreda—Madrid—He enviado á sus respectivos domicilios los ejemplares dedicados á los señores Ila Moreno y Herrera y Reissig.

Neofito—No insista porque es inútil. Me tienen sin cuidado los ataques de ciertos mandriantes que agotan el léxico

del halago por un plato de lentejas ó por una copa de whisky. Soy consecuente en mis ideas y en mis juicios aunque jamás he manchado mi pluma con el lodo del vil sofisma y de la crítica imbécil.

Eduardo de Ory—Cádiz—¿Recibió Arolo? Espero lo prometido.

Medina Chirinos—Maracaibo (Venezuela.)—Arolo va siempre á su nombre. Reclame en la oficina de esa. Yo recibí *Éditros* con regularidad.

Crisóstomo—Se publicará en los primeros meses del año próximo. Es un libro de crítica de arte que causará admiración en los círculos literarios hispano-americanos, donde su autor goza de merecida reputación.

D. S. O.—No; todavía no.

Impasible—Eso de declararse cruzado de la libertad, viviendo del presupuesto, es ridículo. Pero es más ridículo aún eso de ensalzar á los malos gobiernos que en otros tiempos se fustigaron. El escritor que usted nombra, deslumbrado por el oro, claudicó como muchos otros, y hoy se ríe de las miserias del pueblo que defendiera con tan grande y falsa tenacidad. Las claudicaciones están aquí á la orden del día; no se extrañe, pues.

Cosmogonía—El poeta ha de ser complejo é individual. El sentimiento religioso mata el germen de toda idea noble y humana.

Juan R. Jiménez—Moguer—(Huelva)—Espero lo suyo.

F. Carbonell—Lea usted la nota al pie de las bibliográficas. Resolvi eso hace tiempo, con motivo de la ingratitud de algunos colegas.

Pérez y Curis.

Sobre un libro

En el próximo número publicaremos unas palabras de Pérez y Curis sobre el libro «Tierras de Paz», de Miguel A. Ródenas.

Gran Sastrería PYRAMIDES

DE A. SPERA

Calle Sarandi números 226 y 228



En esta casa, la primera en su género de la capital, se encuentra siempre un variado surtido de casimires de las mejores fábricas Francesas é Inglesas.

Atiende pedidos de la campaña.

Consulte usted los precios que van al pie.

La casa no tiene competencia.

Se garanten los trabajos de la casa

PRECIOS

Traje de saco	de \$ 10.00	á \$ 22.00	
Jacquet	» » 22.00	» » 28.00	forro de seda
Smoking	» » 18.00	» » 28.00	» » »
Levita	» » 30.00	» » 40.00	» » »
Frac	» » 30.00	» » 40.00	» » »
Sobretodos	» » 12.00	» » 22.00	» » »
Pantalones	» » 2.00	» » 7.00	
Chalecos fantasía	» » 1.00	» » 5.00	

La casa tiene elemento especial

para el trabajo de medida

CALLE SARANDI, 226 Y 228

Al costado de la Metropolitana

LONGINES!



El mejor
del mundo



El más
exacto

Gran Prix Exposición

de París y Milán



En venta en todas

las buenas Relojerías